

CEDDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

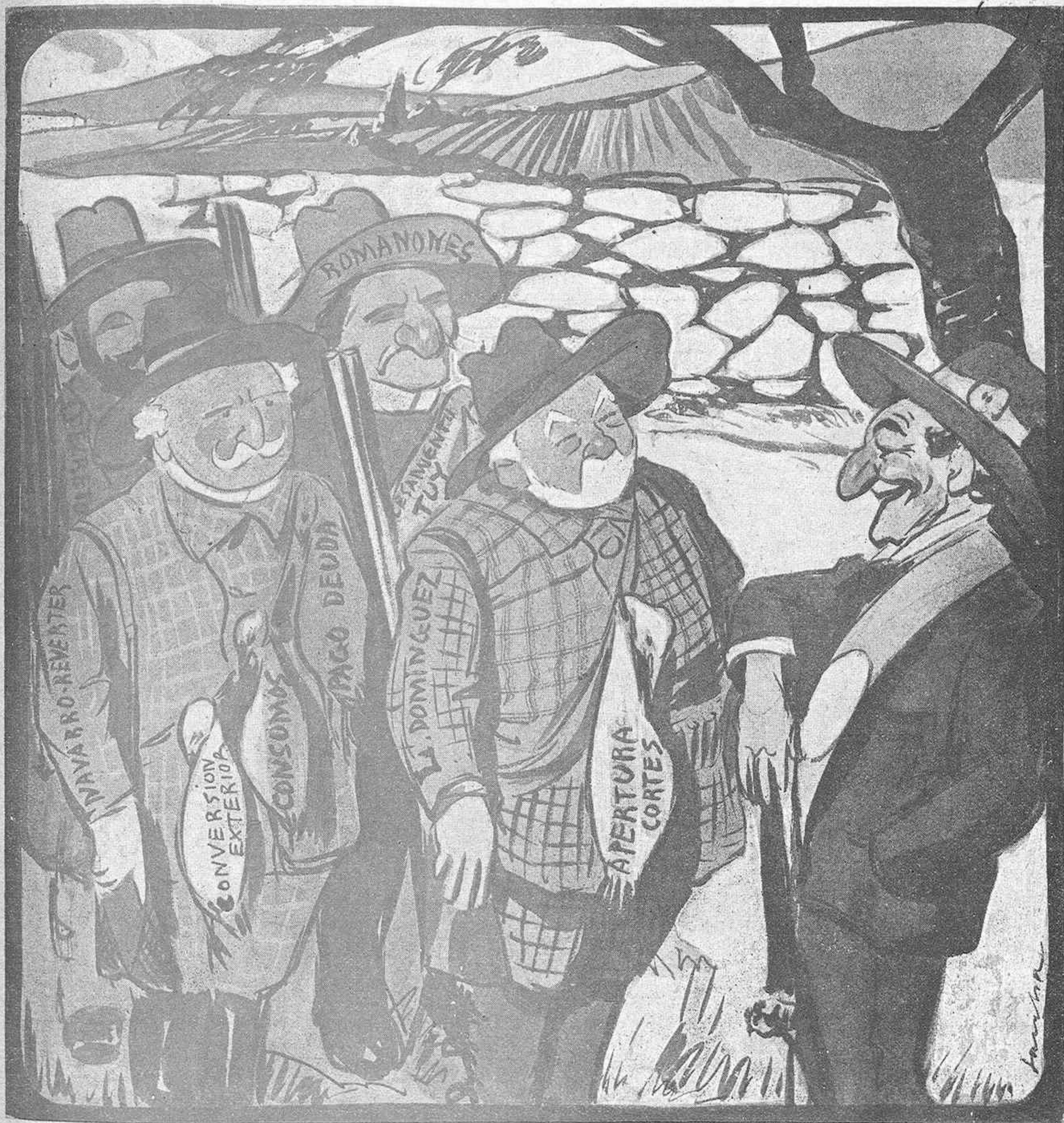
NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SEFRANO, 55

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 7 DE OCTUBRE DE 1906

NUM. 567



¡BUENA CACERIA!

EL GUARDA.—¡MUY CONTENTOS VIENEN USTEDES!

EL GENERAL.—¡COMO QUE HA SIDO LA GRAN CACERIA...! ¡MIRE USTED SI HEMOS COBRADO PIEZAS!

EL GUARDA.—¿PERO ESTAN USTEDES SEGUROS DE QUE LAS HAN MATADO TODAS?



ANUNCIOS INCOBRABLES



LO SABEN LOS YANQUIS

No hay insurrecto cubano que muera de la dentición, ni que eche las muelas, si usa la LEGÍTIMA ROOSEVELINA, pues los salva aún en los apuros y agonías mayores; brotan fuertes en la manigua, reaparece la insurrección fácilmente, extingue la república cubana y otros chirimbolos presidenciales, robustece á los yanquis y los desencanija.

Existen cajas falsificadas que han IMITADO bien la INTERVENCIÓN para sorprender al público, y son origen de algunos pequeños trastornos entre la gente de buena fe. Exigir la marca registrada, EL BUSTO DE ROOSEVELT EN COLORES NORTEAMERICANOS, dibujado en el centro de una estrella solitaria. Caja, un dólar. Se remite á la isla de Cuba en recientes desembarcos, muy franca de porte. NUEVA YORK.

CALENTURAS

imperialistas, fiebres anexionistas por rebeldes que sean, no desaparecen en mucho tiempo, ni ese es el camino de Monroe,

Se hacen por fanegas, y van usadas con muy buen éxito en anteriores guerras.

Para evitar falsificaciones, volved á exigir el busto consabido, con los mismos colores. Se remiten á todos los puntos de la isla de Cuba.

CAIDA DE LA HOJA PASTORAL. AFIRMACIONES

Las PILDORAS ANTISEPTICAS del Dr. Radical siguen siendo el único agente terapéutico verdaderamente seguro, científico y eficaz para la cura de la tisis episcopal y los catarros crónicos de las vías reaccionarias. Responden á las indicaciones siguientes:

1.^a Como ANTISEPTICAS, estas píldoras impiden el asiento, procreación, multiplicación y propaganda de los microbios de las pastorales.

2.^a Como quiera que cuando el Gobierno enfermo busca el remedio casi siempre es tarde, las PILDORAS ANTISEPTICAS, teniendo presente los principios liberales, no sólo poseen el poder civil que reclama su soberanía, sino que al propio tiempo y en virtud de sus componentes, reconstituyen el organismo ministerial por muy comprometido que esté.

3.^a Además de ser estas PILDORAS ANTISEPTICAS y muy reconstituyentes, acreditan un país civilizado y progresivo, y una acción vigorosa sobre los órganos respiratorios de la opinión, cuyas funciones obran modificando favorablemente el ambiente, influyendo en todas las mucosas de la sociedad.

RESUMEN: Las PILDORAS ANTISEPTICAS son: ANTISEPTICAS, porque dificultan la vida pastoral de los microbios de Tuy, Valencia, cabildo de Córdoba, etc., etc.; RECONSTITUYENTES, porque modifican favorablemente la nutrición del Gobierno; REMEDIO DE AHORRO, porque retardan otras pastorales molestas; REMEDIO RESPIRATORIO, porque son el mejor auxiliar de la respiración de los liberales, ya que estimulan los consabidos principios.

Las PILDORAS ANTISEPTICAS, impuestas ya en todo el mundo, y con especial éxito en otros países, por sus virtudes verdaderamente extraordinarias, calman la tos (pues no hay quien se atreva á toser fuerte con este remedio); permiten dormir á pierna suelta un sueño tranquilo y disminuyen la expectoración episcopal, que, de violenta y espumosa, se torna suave y blanda; evitan el enflaquecimiento ministerial, y como consecuencia de todo esto las fuerzas del paciente Gobierno se levantan, se reanima el espíritu público y hacen, en medio de tan halagüeños resultados, menos desfavorable la opinión de las gentes. Se venden por Real orden en el ministerio de Gracia y Justicia, y se han puesto á la venta muy recientemente por acuerdo del Consejo de ministros.

Aunque el Gobierno ha sacado patente, no sabemos quién la pagará todavía.

¡GANGA, GANGA!

Se vende un magnífico automóvil, propiedad de un ministro de la Corona, por no poderle ATENDER su dueño ni el "chauffeur", principalmente en las pendientes.

Garantizado en recientes pruebas de Madrid á La Granja.

Camina á más de 40 kilómetros por hora, y en las cuestas abajo es seguro e vuelco.

Darán razón en el ministerio de Hacienda ó en el de Marina.

Liquidación de varias existencias

Las ha realizado en muy poco tiempo, sin duda por fin de estación, el rey de Annam, Than-Thai, despachando de varios tiros de revólver á varias de sus mujeres, á la familia imperial, al príncipe y al presidente del Consejo.

¡LA GRAN QUEMA!

Dirigirse, ya lo saben ustedes, al activo y seguro

THAN-THAI

EN ANNAM

Baños de Fortuna

TEMPORADA CASI OFICIAL

Todo el tiempo que permanezca en el balneario el Sr. D. Antonio Maura.

Aguas muy recomendables para curar las bilis y otros desarreglos de la oposición.

ORTOPEDIA MODERNA

Bajo la dirección del ministro de la Gobernación se construyen los mejores corsés graduables para evitar toda desviación del Cuerpo de Policía, como también se reorganizan en el mismo Cuerpo muchos miembros defectuosos, que no se han podido corregir hasta ahora y que es muy posible que con el nuevo aparato tampoco se puedan corregir. Uniformes á propósito, piernas ágiles y narices bien dispuestas para individuos de la Policía secreta, que de todo carecen. Ultimo adelanto. Nada de garrotes ni de otros atributos igualmente repugnantes. Curación rápida y completa de la hernia policiaca, quebradura o relajación de estos individuos. Vendaje elástico y flexible Dávila, especialidad de la casa. Reglamentos completos para la organización del Cuerpo de Policía, antes tan defectuoso. Bazar de Gobernación. Consultas todas las mañanas

CARTAS DE GEDEÓN



Oviedo, 29 Septiembre.

Me parece, Calínez amigo, que al final de mi carta anterior me dejaste en la puerta de la tienda de Masaven, platicando con el asombroso D. Melquiades. Pues para que veas la rapidez de los acontecimientos y cuán grande es en la actualidad el progreso humano, hoy eres tú y no yo el que puede hablar con Alvarez donde se te antoje, porque la ninfa Egeria de D. Segis salió para Madrid apenas puse yo mi epístola última en el buzón, llamado, sin duda, por sus dos entrañables amigos y correligionarios Moret y Maura, los cuales con Melquiades son tres emes grandes.

Pero vuelvo á coger el hilo de mi narración, como se decía en las novelas por entregas, cuya desaparición lamento porque eran mucho más entretenidas y hasta más literarias que la mayor parte de las que hoy padecemos en un tomo. Aparte de que saltando entregas te enterabas de todo lo mismo que si las leyese una tras otra, y siempre te quedaba esa distracción del saíto cuando la novela comenzaba á aburrirte. ¿Por qué te parece á ti que los españoles soportamos á los liberales? Pues porque gobiernan por entregas: hoy, Montero Ríos; mañana, Moret; al otro, López Domínguez, y pasado, Canalejas (á quien ya estamos todos esperando); y claro, con esa variedad no hay partido que canse. Ahora bien, lo mismo da que cojas la entrega Montero, que la entrega López ó la entrega Segis: el argumento liberal no asoma por ninguna de ellas, y tan en Tuy te encuentras en la entrega primera como en la última. Eso sí, el conde de Romanones es ministro en todas las entregas, y aunque le echen obispos no sale de la página ó de la nómina de turno. ¡Qué! ¡Si hasta en la cubierta seguirá gobernando la lancha ministerial con un solo remo!

Bueno; basta de digresiones, querido Calínez. Estamos en la puerta de una de las infinitas tiendas que tiene en Oviedo Masaven; hemos saludado á don Melquiades y D. Melquiades nos ha dicho...

Espera un poco todavía, que voy á cantar lacónicamente á Masaven. ¡Me entusiasman los hombres universales! Yo no sé quién es el Sr. Masaven, pero

sirve para todo. En una tienda despacha sombreros, en otra corta camisas, en la de más allá oficia de sastre de caballeros, y en la de tres pasos adelante confecciona trajes y abrigos de señora. Y no contento todavía con esta multiplicidad de oficios, de profesiones, de artes, te planta un bazar en medio de la calle de Cimadevilla y en él te vende de todo: juguetes, corbatas, papel de cartas, naipes, paraguas, géneros de fantasía... ¡Me entusiasman los hombres universales! Sólo hay tres que merezcan ese título en España: Masaven, Moret y Melquiades. ¿Ves? Ya hemos vuelto nuevamente á las tres emes grandes. En este país no hay modo de salir de esa letra mayúscula en cuanto uno se pone á ensalzar á los grandes hombres.

Y Alvarez nos ha dicho:

—Perdóneme usted, Gedeón, que no hable de política. Hablemos de lo que usted quiera menos de eso.

Nosotros nos hemos quedado mirándole á la cara con cierto gesto impertinente, como diciéndole: si querrá usted todavía, señor mío, que sigamos hablando de «patria, amor y fe», como Labra en los Juegos florales. ¿A usted le parece que he venido yo á Oviedo á mantenerle ó á que usted me mantenga á mí? Pues se engaña por completo el amigo. Gracias á que con mi larga práctica en este bajo oficio de periodista he recordado al punto que nunca está más afanoso de hablar de política uno de nuestros hombres públicos que cuando empieza por advertir que hablará de todo menos de eso; y requiriendo papel y lápiz, hemos contestado á Alvarez:

—Comprendido, mi buen señor. Puede usted empezar sus declaraciones cuando guste.

Y entonces Alvarez nos ha dicho:

—Moret y yo somos el partido liberal futuro, ó por mejor decir, somos el partido liberal presente y definitivo. Soportamos que en la presente etapa de dominación democrática toda la labor gobernante quede reducida á gastar viejos: ayer, Montero Ríos; hoy, López Domínguez; pero con la última expectoración ministerial de este respetable anciano, presentaremos nuestras fuerzas en línea de batalla y no habrá más liberales que los que se sometan á nuestra jefatura.

—Creo—me atreví yo á argüirle—que se olvida usted un tanto de Canalejas y otro poquito de Romanones.

—Canalejas, ¡ah, Canalejas!—respondió D. Melquiades con cierta sonrisilla despectiva.—Canalejas podría serlo todo, pero... ¡Qué sé yo! Ha cometido la torpeza de extremar sus radicalismos, y eso se paga siempre en España.

—¿Pero usted no es republicano?—grité yo.

—Claro que sí soy republicano, muy republicano. Precisamente por serlo, digo que eso se paga siempre en España. Canalejas, que es monárquico y blasona de radical, lo pagará quedándose sin la Presidencia del Consejo, ó pasando por ella como un

meteoro. A mí, en cambio, me pagarán el que suavice mis radicalismos con la posición política que se me antoje pedir y las mercedes que quiera otorgar á mis amigos. Ya ve usted, pues, cómo de un modo ó de otro, eso se paga siempre.

Yo, querido Calínez, estuve cerca de cinco minutos haciéndome cruces de lo que sabe este Masaven de nuestra política. Y lo malo es que tiene razón; para conseguir algo en España de la monarquía, no hay como ser republicano. Por haberlo sido, aunque posibilista, Alvarado entiende de cosas de mar, y Celleruelo se vió más feo con el uniforme de ojos, que con los suyos propios. Si tanto vale el haberlo sido, figúrate lo que valdrá el serlo ó el decir que uno lo es. Nada, nada, amigo mío; Melquiades para rato hay en Castilla. Nuestro amo será Melquiades, y cuanto más tarde en declararse monárquico, con más fuerza y más soberanía vendrá á disponer de nosotros.

—Pero ¿y Romanones?—pregunté yo, como el que se agarra á un clavo ardiendo.

—¿Qué Romanones ni qué cojo!

No lo dejé concluir. Había oído ya demasiados versos en los Juegos florales mantenidos por Labra en el teatro Campoamor. ¡Pobre D. Ramón; si levanta la cabeza y oye á Labra, quema su propio teatro!

Quedamos, pues, entrañable Calínez, en que no he perdido el verano, pues hallé novia en La Granja y jefe para los liberales en Oviedo. Mi novia (aquí el nombre) reúne todas las condiciones propias de su sexo para hacer feliz al hombre más descontentadizo. Respecto á D. Melquiades, ¿qué tienes que pedirle para jefe de los liberales? ¿Quién habla mejor que él? ¿Quién cambia de ideas políticas con la facilidad suya? Y sobre todo, ¿quién mejor que un republicano tan republicano, para ejercer la jefatura de un partido monárquico tan monárquico?

Le besé el anillo pastoral, y nos despedimos efusivamente. El quería convidarme á pasteles en la confitería de Masaven, pero yo alegué dolencias del estómago para librarme del dulce. Me empalagan la oratoria y los pastelitos. Al día siguiente de nuestra entrevista, partió él para Madrid á caer en los brazos de Maura y Moret. Yo salgo hoy para la misma capital á dar en los tuyos. Tenlos muy abiertos, no me despampane. La satisfacción de haber hallado novia y jefe me ha hecho engordar siete kilos, como Abarzuza cuando vuelve de comer fuera de su casa. Es decir, cuando vuelve de haber comido. Hasta muy pronto, Calínez, hasta muy pronto. Feliz, gordo y tuyo,

GEDEÓN.

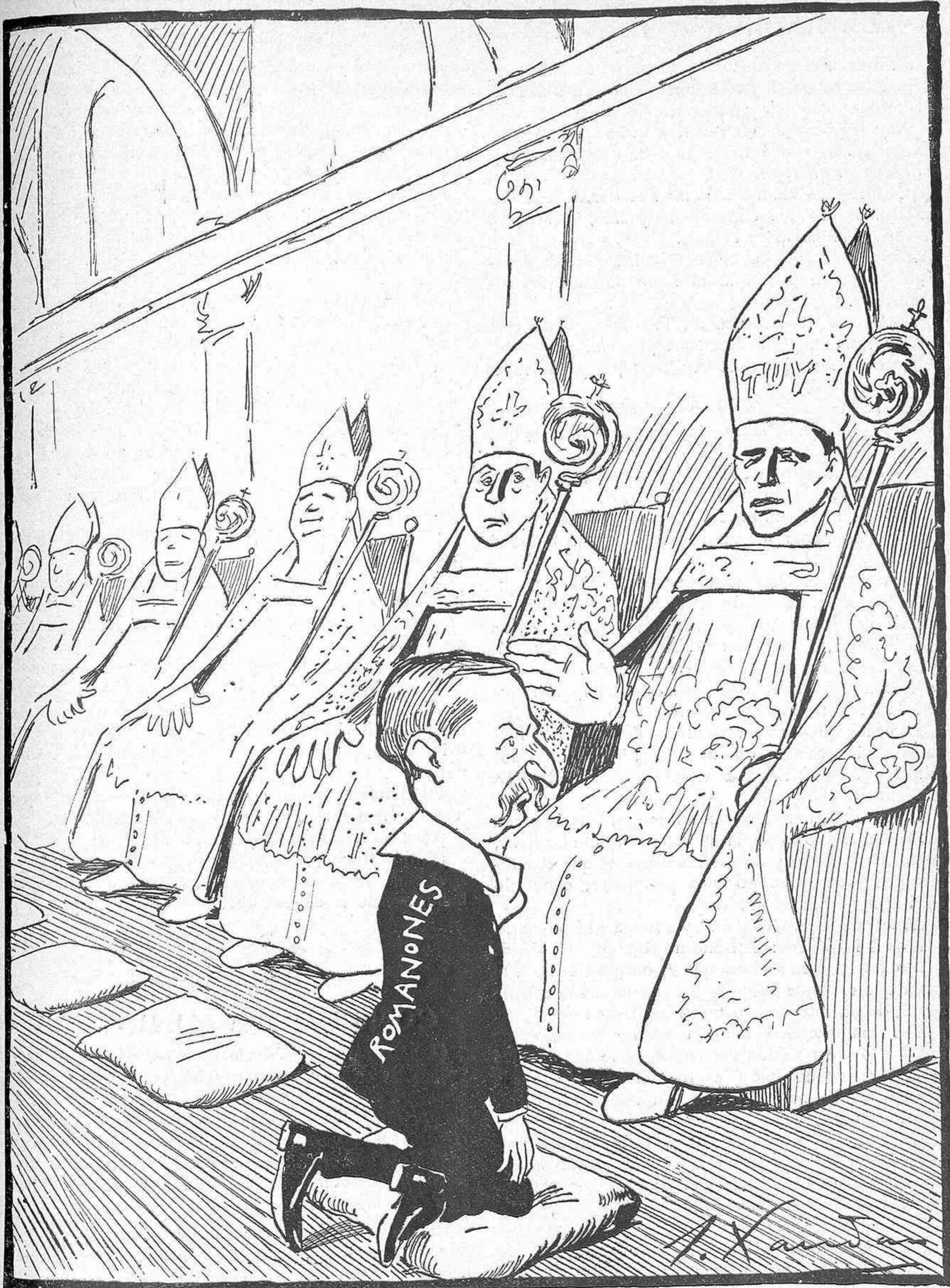


¡TARDE PIACHE!

Aunque altivo, contento y orgulloso,
decía Romanones
que el obispo irascible y belicoso
se iba á sentir piadoso
y á pedirle en seguida mil perdones,
la nueva pastoral de Valeriano
—que á llamar por su nombre no me atrevo—
fué un chaparrón católico y romano

que al ministro le puso como nuevo...
Lo ha dicho, en varia forma, España entera
y no hay miedo que el juicio se confunda:
la pastoral segunda,
más fuerte resultó que la primera...
Y estos ministros de las mangas anchas,
que suelen presumir de radicales,
¡se tiran unas planchas
con éstas y las otras pastorales!
Ya á Romanones de verdad le pesa
su terrible Real orden... ¡Y en su vida.
tuvo mayor sorpresa
que la de hallar encima de su mesa
la nueva episcopal acometida...!
Sorpresa, porque estaba prometida
la más solemne explicación rotunda;
sorpresa, porque en vez del dulce halago
le daban otra tunda,
de su humildad y sumisión en pago;
sorpresa, en fin, igual á la que siente
un pobre jugador—que entona un aria
con letra mal oliente—
cuando espera una carta, y de repente
le viene la contraria...
¡Y así este pobre conde, sorprendido,
nos traspasaba el alma y las orejas
lanzando, casi casi arrepentido,
con voz, que más que voz era un gemido,
el monólogo triste de sus quejas!
El, que presume de conspicuo y largo
y que nunca estos timbres abandona,
sintió un enorme y azarante embargo,
más por la propia dignidad del cargo
que por la integridad de su persona;
y así su situación comprometida
se hizo más apurada,
porque dijo la gente divertida:
«Le han dado la segunda bofetada.»
¿Ves á lo que te expones
por tu primer olvido, Romanones...?
La ignara muchedumbre
que es también impaciente, por lo mismo,
toma por cobardía el humorismo
con que has dicho: «¡tengamos mansedumbre!»
No sirve que sin miedo á las hablillas,
con frases evangélicas ya usadas,
asegures que tienes las mejillas
esperando las otras bofetadas;
si te pasas después al otro extremo
y en un tardío y valeroso arranque
denuncias al obispo ante el Supremo
porque no para siempre te desbanque...
No sirve, no; que todos hemos visto
que brujuleas con el «¡guarda Pablo!»
¡y tú eres poco para hacer de diablo
y mucho menos para hacer de Cristo...!
Quizá con el fragor de estas disputas,
no es extraño, en verdad, que no recuerdes
que no es posible aprovechar las frutas
cuando ya están pasadas ó están verdes;
pues todo tiene una sazón—no es guasa—
un punto, un hora para hacer su entrega...
Y ¡oh Maquiavelo, para andar por casa!
ahora tu impulso radical se pasa
y otras veces no llega...
Fuera entonces tu brío
demostración de un ímpetu bravío;
mas hoy—perdóname que lo remache—
resulta improcedente, por tardío...
Sí, bravo luchador... ¡tarde piache!





«Estoy decididamente dispuesto á recibir 55 bofetadas de los 55 obispos de España, si así me lo exigie en los deberes inherentes al puesto que desempeño.»
(Palabras de Romanones.)

VALERIANO.—YO SOY EL OBISPO DE TUY;
PARA QUE TE ACUERDES...

EL CONDE.

¡HUY!

VALERIANO.—Y AHORA QUE TE VAYAN CONFIRMANDO LOS OTROS.

¡El automóvil, mamá...!

Ya saben ustedes que cada Consejo de ministros que se reúne en La Granja le cuesta á la nación, así limpios de polvo y paja, *diez mil reales*.

¡Diez mil realitos por reunirse unos cuantos señores para charlar un rato de política, nos parece algo así como un *pitorreo!*

¡Cuánto más baratas salen las tertulias de café, fecundísimas en toda clase de proyectos, reformas é iniciativas felices para el país!

En las mesas de los cafés se legisla con más prontitud y más decisión que en los departamentos ministeriales.

La Gaceta de viva voz de los parroquianos esta muy por encima de la *Gaceta de Madrid*.

¡Diez mil reales, cuando hay Consejos que no valen ni tres pesetas!

En los cafés estaba ya resuelta favorablemente para el Poder civil la cuestión de las pastorales, que tanto que hacer le está dando al Gobierno.

No cabe duda; parodiando á Maura, se impone la revolución desde la *tostada de arriba*.

Dos ministros, sin embargo, prefirieron al tren de los *diez mil reales* un automóvil para trasladarse á La Granja.

Pero ¡ay!, que por muy poco, los ministros que constituyen la excepción honrosa y que son los de Hacienda y Marina, se quedan en el sitio, mejor, en el Real Sitio, á causa del accidente que les ocurrió, y del que han dado cuenta los periódicos.

El conde de Romanones, dueño del automóvil que llevaba á Navarrosreverter y á Alvarado, quiso probar si el coche que recientemente había adquirido funcionaba bien, y para salir de dudas, invitó á los dos ministros á que hiciesen el viaje desde la corte á La Granja.

En efecto, el ensayo salió un poquito desigual; el freno del carruaje, según ha declarado el *chauffeur*, no obedecía bien, y ésta fué la causa de que el automóvil se precipitase por una pendiente, chocando contra una cerca de piedra.

El conde de Romanones ya sabe á qué atenerse gracias á la prueba: el freno no rige con docilidad.

No falta quien asegura que el obispo de Tuy, al saber que el conde había comprado un automóvil, le envió, después de su segunda pastoral, una tercera para que se rompiese en el viaje cualquier miembro de su aprecio y estimación particular, de lo que se salvó el conde por no hacer el trayecto en el carruaje que tan mal se ha conducido con Navarrosreverter y Alvarado.

Los dos ministros, que tan espléndidamente pensaban haber entrado en San Ildefonso, «tuvieron que hacerlo en un carricoche, del que tiraban penosamente tres caballos anémicos».

Se comprende.

¡Pues no va diferencia!

Entre treinta ó cuarenta caballos de fuerza que llevaría el automóvil, y tres de poca sangre, que á última hora tuvieron que sacar de apuros á los consejeros, hay un abismo.

El de Marina no pudo menos de decirle á su compañero al recibir el golpe.

—¡Esto no es lo tratado!

—No me hable usted ahora de Tratados ni me los miente usted, que me parece que me lie roto hasta el *modus vivendi*—contestó el de Hacienda con acento quejumbroso.

Según ha dicho Navarrosreverter á los periodistas que salieron en busca de los doloridos consejeros, venían desde Madrid en un automóvil cerrado, con los cristales levantados para preservarse del aire, del polvo y para que no les entraran moscas ni pastorales, cuando al intentar tomar una curva, dos kilómetros antes del pueblecillo de Otero, se vieron estrellados contra la cerca de piedra que bordea la carretera.

La curva es siempre peligrosa. Por intentar salvarla no hace mucho tiempo Moret, se estropeó, antes de llegar á la disolución de Cortes, toda la jefatura.

«Salimos como pudimos—dice Navarrosreverter, cronista de este viaje,—y notamos que el ayudante del *chauffeur* hallábase tendido boca abajo y sin sentido, á cinco ó seis metros de distancia. Acudimos en su auxilio, y haciéndole beber un poco de Jerez que en el coche llevábamos, conseguimos que se reanimara, pero no sin que antes sufriese un violento ataque nervioso.»

¡Alabemos la previsión de los ministros, al llevar para el viaje una botella de Jerez!

Lo que dirían los ministros: ¡Ya que no vayamos hoy en el tren de los *diez mil reales*, que por lo menos no nos falte una buena botella de Jerez para el camino!

Porque es de suponer que el Jerez sería bueno.

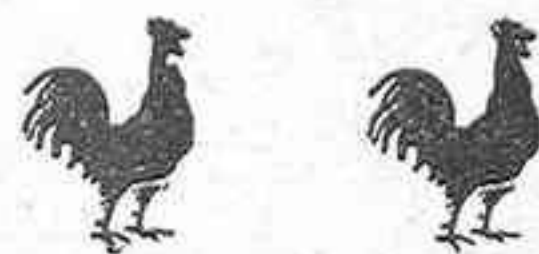
El ministro de Hacienda, que llevaba una gorra de viaje, tuvo la suerte de que ésta le preservase de no pocas heridas que le debieron producir los vidrios rotos, pues toda la gorra quedó llena de cortaduras.

De donde se deduce una saludable enseñanza, que los ministros son los primeros en conocerla.

¡Que no hay nada como viajar de gorra!

¡Ahí lo tienen ustedes!

A viajar de gorra debe el ministro de Hacienda el haber sacado la cabeza libre.



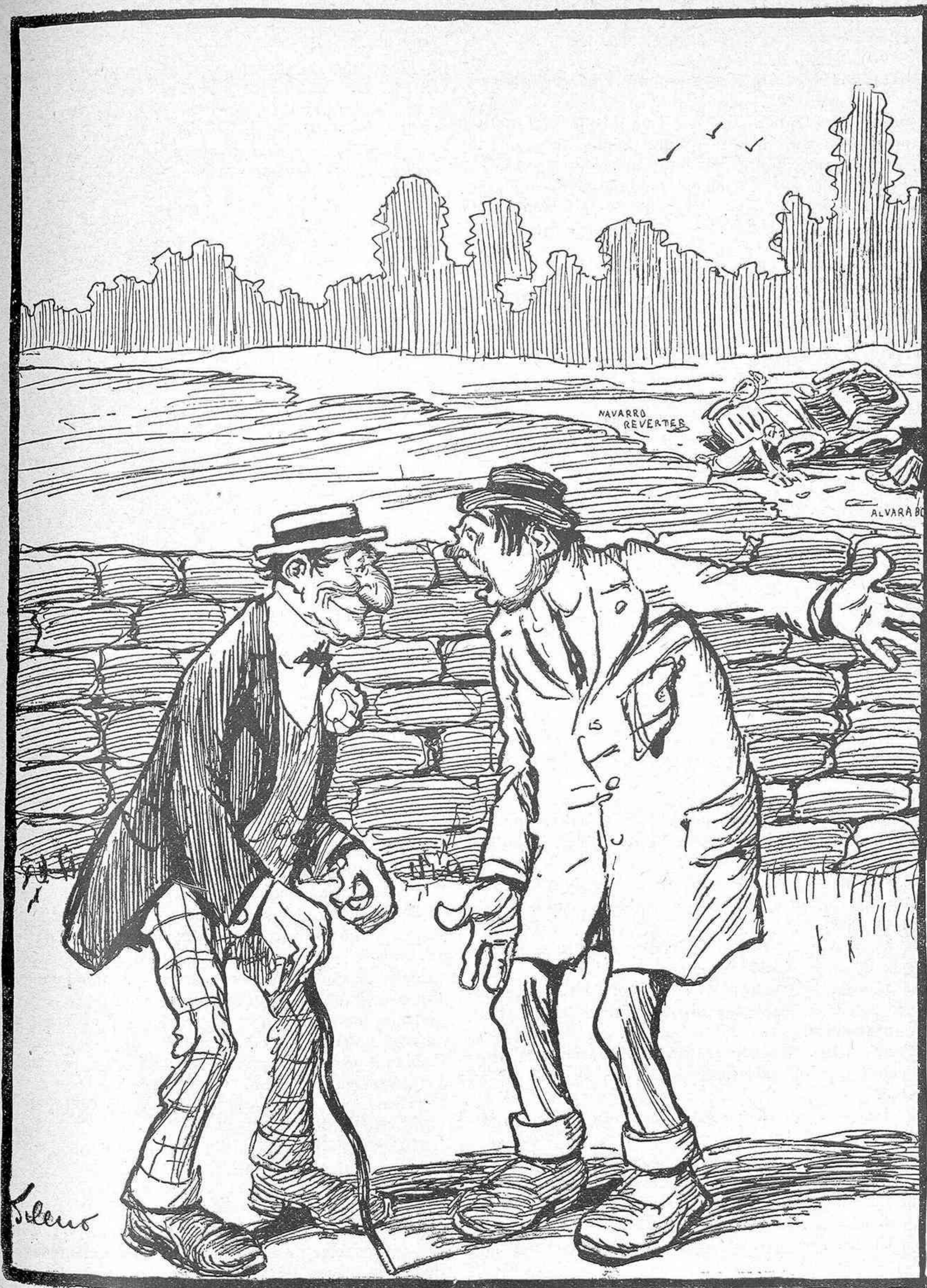
CONSEJO DE MINISTROS

(Lentamente van entrando los consejeros. Dávila moviendo la cabeza, con vaivenes de tartana; Romanones nervioso, con una pastoral en la mano, que muestra á todos; García Prieto soltando gallitos en cada saludo; Alvarado y Navarrosreverter quejándose aún del vuelco; Gullón con una credencial para uno de sus más queridos sobrinos; Jimeno indignadísimo, y el general López con aire de meditación.)

EL GENERAL.—Buenas y gordas, queridos amigos. Supongo á ustedes al corriente de las simpatías que nos hemos conquistado entre los obispos de más circulación de España, con motivo de la ya famosa Real orden de nuestro compañero el de Gracia y Justicia.

(Rumores de asentimiento en la reunión.)

Pues bien; yo, que no tengo por qué colocar mis carrillos á disposición del Episcopado para recibir



SENSIBLE ACCIDENTE

CALÍNEZ.—¡¡ ENRIBLE DESGRACIA, GEDEÓN...! ¡HA VOLCADO EL AUTOMOVIL...! ¡LOS MINISTROS HAN PERDIDO EL CONOCIMIENTO!

GEDEÓN.—¿PERO ESTAS SEGURO DE QUE LO HAN PERDIDO?

nada menos que 55 bofetadas, como estaba dispuesto el conde á hospedar, y que por otra parte...

GARCÍA PRIETO Á GULLÓN.—(Me parece que el general nos coloca hoy un discursito embotellado.)

EL GENERAL.—...y que, por otra parte, vengo de mucho más lejos que Crimea, en lo que se refiere á mi liberalismo, pues tengo una hoja y una vaina de servicios muy limpias, no estoy dispuesto á consentir, siendo como soy sobrino de aquel tío memorable, que los representantes de la Iglesia nos mienten á cada momento la madre del Poder civil, instrumentándonos pastorales.

ROMANONES.—Conste que yo estoy dispuesto á llegar á las 55 bofetadas con uno y repique, si es necesario.

EL GENERAL.—No son 55, amigo conde; serán tantas como caras tiene el Gobierno.

(*Protestas de algunos.*)

EL GENERAL.—...Señores, no hay por qué alarmarse; quiero decir que serán tantas como individuos tiene el Gabinete.

DÁVILA.—¡Naturalmente! ¡Qué talento tiene este Pepe!

JIMENO.—No podemos seguir así. Hay que hacer un acto.

GULLÓN.—Tres actos lo menos.

GARCÍA PRIETO.—Y contestar á la guerra santa con otra zarzuela cualquiera.

EL GENERAL.—No está el horno presidencial para chistes, amigo Prieto.

ROMANONES.—De todos modos, mi general, yo quería cargarme de razón, para luego...

EL GENERAL.—¡Pero hombre, si eso ya es... cargarse!

DÁVILA.—Aquí hay que decir aquello del *tandem Catalina paciencia*... no me acuerdo. ¡Como no es de Gobernación...!

ALVARADO.—¡Qué importa!

EL GENERAL.—Hay necesidad de cortar por lo sano, de hacer un público escarmiento con el obispo de Tuy.

GARCÍA PRIETO.—Por mi parte, duro y á la mitra; no digan ustedes que yo echo ahora un capote como la otra vez.

EL GENERAL.—Y nada más á propósito á este fin que llevarle á los Tribunales.

DÁVILA.—¡Mucho! (*A Alvarado*): ¡Ah!, no conocen ustedes á Pepe cuando se siente enérgico! ¡Hay que temerle! ¡Yo en la guerra no sé cómo las gasta, pero acuérdesese usted del tesón que tuvo cuando dijo su frase histórica de *¡A Melilla ó á mi casa!*

TODOS.—¡Si, si! ¡A Melilla, digo, á los Tribunales!

EL GENERAL.—Bernabé (*á Dávila*), toma nota de todos los obispos que Nos han fastidiado, y ya sabes, al Juzgado de guardia.

GULLÓN.—General, eso ya me parece mucho.

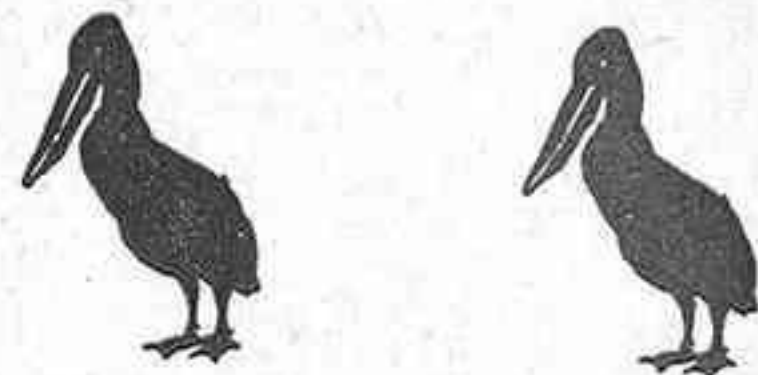
EL GENERAL.—Bueno, pues los mandaremos más lejos.

JIMENO.—Yo, por mi parte, adonde á ustedes les parezca.

EL GENERAL.—Porque así, enviando á estos rebeldes á los Tribunales, allá se las compongan luego los jueces. Nosotros hemos salvado los principios.

NAVARRORREVERTER.—¿Todos los principios? ¡Me alegro!

(*Y termina el valiente Consejo después de tan viril alarde. Los ministros se miden por dentro y se sienten más grandes que Combes. Pero á la noche, horribles pesadillas les asaltan, y sueñan con una paliza de báculos tan formidable que deja sus cuerpos maltrechos y magullados como si hubiesen ido en el automóvil de Romanones.*)



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Queremos dar un bombo al Sr. D. José Ortega y Munilla, por el discurso que ha leído en Valladolid al actuar de mantenedor de los Juegos florales.

Y como nadie puede impedirnos hacer lo que nos dé la gana, ¡allá va el bombo!

¡Bum, bum, bum, bum, bum! ¡Chin, chin, chin, chin, chin, chin!

Y con sus golpes de platillo correspondientes, como habrán ustedes observado.

Quizá no falte quien crea que le bombeamos porque es periodista, y no nos vemos libres de la influencia del compañerismo, que suele causar tantos estragos en estos tiempos. Al que así piense, le recomendamos la lectura del discurso publicado en casi todos los periódicos de Madrid.

Vale la pena. Porque sobre sus méritos literarios tiene el altísimo é inapreciable de ser un verdadero canto de poeta... ¿Qué cosa mejor para una fiesta dedicada á la poesía?

A nosotros, como profesionales, nos ha llenado de alegría. Porque viene á demostrar que los periodistas *servimos* para todo, y para algunas cosas mejor que cuantos presumen y se ufanan de su sabiduría.

Hasta ahora solían ser hombres políticos los mantenedores de todos los Juegos florales—única manutención á que se arrojaban, después de la suya, naturalmente,—y formulaban en sus discursos un programita de gobierno, que luego no cumplían siguiendo su costumbre... ¡Qué diferencia entre todas esas soflamas interesadas y el noble y sincero arranque de Ortega y Munilla en Valladolid!

Nada, nada; aunque se nos tache de parciales, insistimos en el bombo.

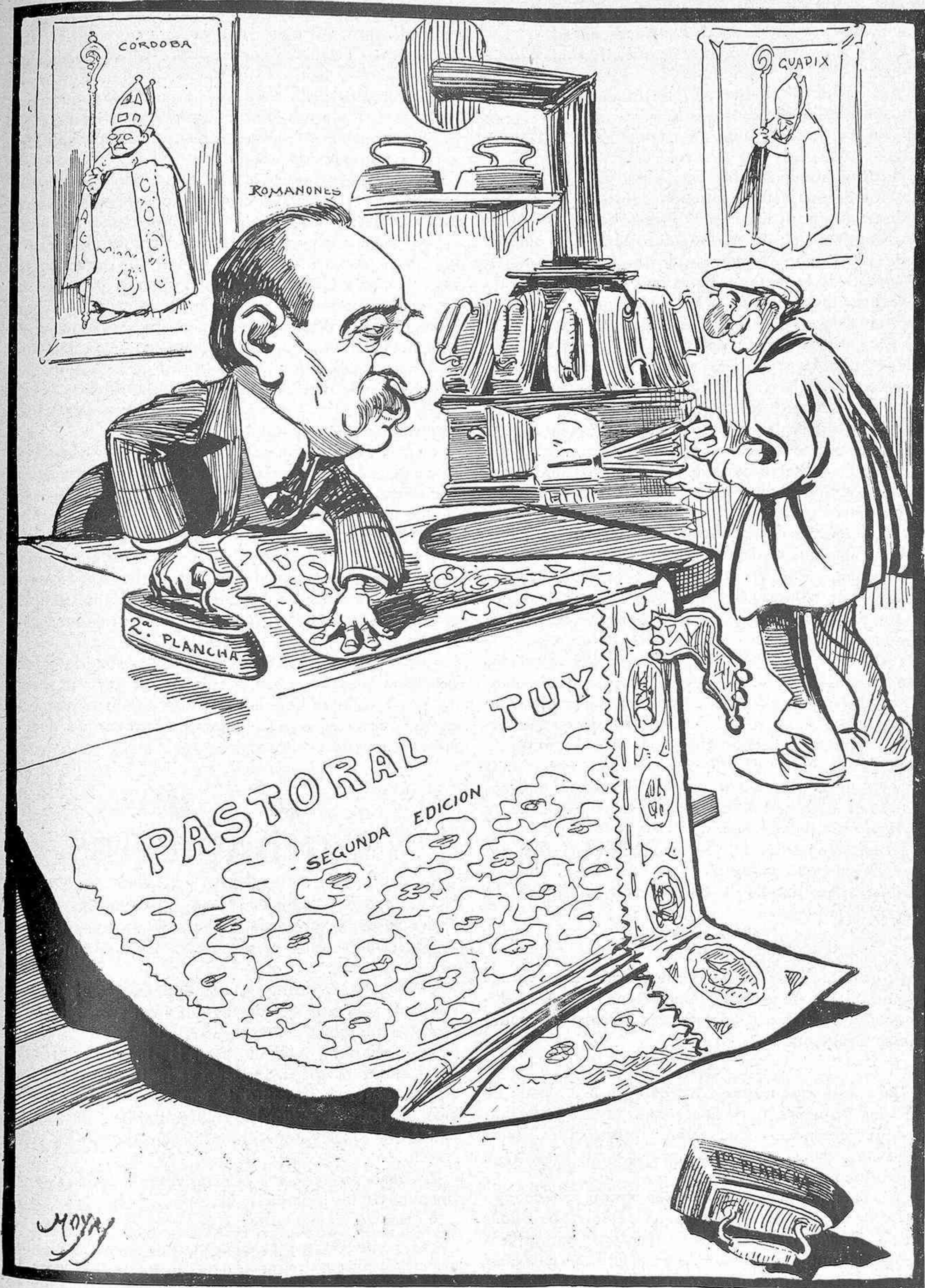
¡Bum, bum, bum, bum, bum! ¡Chin, chin, chin, chin, chin, chin!

(Con sus golpes de platillo correspondientes, como habrán ustedes observado.)



Nadie deducirá de nuestras declaraciones, que para pronunciar un buen discurso como mantenedor de unos Juegos florales, es preciso no ser hombre político.

No. Algunos de éstos pueden hablar bien y hasta ser sinceros en esas fiestas. Y otros, que no sean políticos—*de altura*, claro está—pueden hablar mal en la propia ocasión.



NO ES BUEN SASTRE EL QUE NO CONOCE EL PAÑO

ROMANONES.—¡AL FIN VOY A SENTARLE LAS COSTURAS...! CHICO, ¡TRAETE LA OTRA PLANCHA!

Ejemplo de estos últimos: El Sr. D. Juan Ortega Rubio, catedrático de la Universidad central.

El discurso que leyó en el teatro-circo de Murcia la noche del 9 de Septiembre de 1906, es de lo más pobre, de lo más desmayado, de lo más desapacible, de lo más insignificante que hemos visto, no ya en los Juegos florales, sino en cualquier otra clase de juegos.

¡Lo que nos ha hecho verdadera gracia es la colocación de una lista de murcianos ilustres, hecha por el disertante en los primeros párrafos de su discurso! Eso de decir al ilustrado auditorio de una ciudad cuáles fueron los hombres gloriosos de la ciudad misma, es de lo mejor y de lo más nuevo en clase de descubrimientos. Viene á ser igual que si un señor que fuera de visita á una casa, empezara por decir al dueño: «Su padre de usted se llamaba Fulano de Tal; su abuelo, Mengano; su tío, Zutano; su primo, Perencejo...» ¡Y así todos los nombres de la familia!

El Sr. Ortega y Rubio gusta de ese sistema, y le da otros golpecitos, sin duda para que no se nos olvide que es catedrático de Historia. Por eso coloca también un extracto de la de Murcia y otro pequeño extracto de la historia de los Juegos florales con insignificantes gotas de actualidad... ¡Todo esto es verdaderamente desagradable!

Pero algo nos enseña... Algo hemos aprendido en su discurso. Por él sabemos que el Sr. Ortega y Rubio es de Murcia, cosa que ignorábamos por completo, sin que nos ruborice esta confesión de nuestra ignorancia.

«Al abandonar á Madrid—dice después de saludar á todos cortésmente,—vengo á recordar que en mis primeros años era el amor de mis amores el Niño Jesús de Belén, patrono de mi pueblo; vengo á recordar el Seminario de San Fulgencio y el Instituto de segunda enseñanza de Murcia, y vengo á recordar la Virgen de la Fuensanta, aquella venerada imagen, ante la cual me arrodillé tantas veces y que nunca he olvidado ni olvidaré jamás.»

¡Piadoso catedrático! ¡Sus recuerdos infantiles nos conmueven por completo!

Y sentimos deseos de cantarle, con música de *La alegría de la huerta*:

¡Válgale la Virgen
de la Fuensantita...!

¡Oh, Murcia, Murcia, encantadora y desgraciada región...! Ya antes de las inundaciones, que hoy lloremos todos, habías padecido ese discurso verdaderamente lamentable.



Claro está que no nos atrevemos á decir nada de las pequeñas notas históricas de esa creación, porque suponemos que serán irreprochables. Descansamos, pues, en la confianza que nos inspira un catedrático de Historia.

Y eso que en estos tiempos apenas puede uno fiarse de nada nada ni de nadie...: ¿Podremos dudar de un *Diccionario*? No. Estos terribles mamotretos tienen la noble y consoladora misión de contestar á todas nuestras preguntas, sobre todo, cuando hacen constar en su lomo y en su portada que son enciclopédicos. ¡Para eso, precisamente, los adquirimos, ya por entregas, ya por cuadernos, ora por tomos, si que también en bloque...! Y para eso los colocamos

en nuestros estantes, cuyas tablas crujen como protestando de tener que soportar tanta sabiduría... Y los abrimos en los momentos oportunos, evacuando nuestras citas, buscando contestación á nuestras preguntas, inquiriendo ésta ó la otra verdad que nos interesa... Y á veces también para adquirir tal ó cual noticia que sirva para darnos el pisto conveniente en las ocasiones precisas...

Bueno, pues ¡ni aun de los *Diccionarios* debemos fiarnos...! ¡Hay crueles desencantos! ¡Hay sorpresas dolorísimas...! Por ejemplo... El otro día hojeábamos y ojeábamos nosotros el cuaderno 60 del *Diccionario popular ilustrado*, que publica en Barcelona la casa Salvat y Compañía, con verdadero gusto en la impresión, grabados, papel, etc., etc... Y al llegar á la página 785, 2.^a columna, correspondiente al artículo CATALINA, nos encontramos con una declaración desconsoladora. Se habla allí de Catalina de Médicis, y se dice con la mayor tranquilidad: «á sus excitaciones se debió que Coligny decidiese á Carlos IX á la matanza de San Bartolomé».

Lo cual, es un tremendo disparate, como sabe todo el mundo... menos el autor de esas líneas subrayadas por nosotros. Coligny, el hugonote ardoroso que fué una de las primeras víctimas de la histórica noche, ¿cómo iba á decidir al Rey á la matanza de sus compañeros y correligionarios...? Sin duda este anónimo historiador ni siquiera ha visto la opera *Los hugonotes*, ni oyó nunca, por lo tanto, aquellos famosísimos: «¡Viva Coligny! ¡Viva Coligny!» que nos entusiasman cuando éramos jóvenes.

¡Señor, Señor...! Procura que los surtidores de *Diccionarios* sepan lo que escriben, ó se enteren antes de escribir, para que no se nos acabe la fe que tenemos puesta en esos volúmenes enormes que duermen en nuestra biblioteca!



INUNDACIONES

Si á Gedeón se le permitiera ponerse muy compungido y lanzar en serio un canto de dolor, ahora mismo se presentaría en tal forma á sus escasos favorecedores con el triste motivo de las inundaciones de Murcia.

Habría de conformarse con expresar aquí su sentimiento por esas desgracias que caen sobre la hermosa región con siniestra periodicidad.

Y en seguida, secándose las lágrimas y acallando sus hondos suspiros, Gedeón se indigna. Toma las tijeras, corta un parrafito de una carta que el simpático periodista Eduardo Muñoz publica en *El Imparcial*, y lo pega en este sitio para que se lea y se comente.

La carta se refiere á la catástrofe, y está escrita después de las inundaciones.

Y dice así el parrafito:

«La desesperación se va apoderando de estos pueblos, que contemplan siempre amenazadas su propiedad y sus vidas, á pesar de que el Estado gasta millones en defender la tierra murciana poniendo márgenes en las ramblas y construyendo muros en Reguerón que se desportillan y desmoronan con sorprendente facilidad.»

¿Qué quiere decir esto?

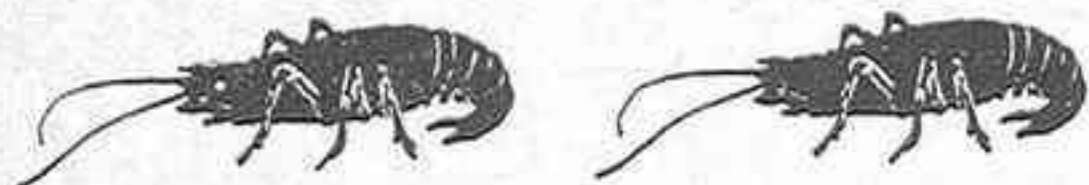
No hace falta leer entre líneas para saber lo que significan esas tan expresivas como desconsoladoras.

El Estado gasta millones en defender la tierra murciana; pone márgenes en las ramblas y construye sólidos muros... ¡Pero todas estas obras se desmoronan con sorprendente facilidad...! Ergo las márgenes y los muros no son tan consistentes como parece; ergo hay quien vive al amparo de esos muros y de esas márgenes; ergo no todos los millones que el Estado dedica á esa necesidad van á parar á las márgenes y á los muros; ergo el desmoronamiento de los muros y de las márgenes, aunque por su facilidad nos sorprenda, puede explicarse sencillamente.

Gedeón, que se siente á las veces hombre de gobierno y, sobre todo, amante de la rectitud y de la justicia, cree que sería preciso terminar de una vez con estas verdaderas inundaciones administrativas que originan esas otras inundaciones espantosas que acaban con vidas y haciendas.

Hágase pronto, porque la cosa urge. Hágase, ya que no por buena política, ¡al menos por humanidad, señores! Es cuanto tenía que manifestar.

(Aplausos en todos los lados del país. Muchos ciudadanos felicitan al orador.)



... y armas al hombro

Todo júbilo es hoy la gran Toledo...!

Es decir, el pequeño Ministerio que disfrutamos.

¿Por qué están esos ministritos tan contentos, saltando y dando gritos de entusiasmo como chiquillos con juguete nuevo?

¡Porque aprobaron en La Granja su tremenda determinación de llevar á los Tribunales á un obispo y á un cabildo fogosos en demasía!

Bien se conoce que, en punto á liberalismo, estos consejeros liberales son unos niños de poca edad.

Y como si hubiesen hecho una diablura, se alegran porque no se les regaña.



Precisamente esa aprobación de su conducta, significa que ésta no tiene nada de particular.

¿A qué envanecerse como si hubieran hecho una gran cosa?

El respetable público, espectador imparcial de los sucesos, saca ahora en consecuencia que si el Gobierno hubiese cumplido con el más sencillo de sus deberes, no habría encontrado ningún obstáculo para arreglar, al principio, el famoso asunto de las pastorales.

Por lo tanto, esa aprobación viene á restarnos un voto de censura por la tardanza.



Mas no fué sólo eso lo que trajeron de La Granja los ministros.

Trajeron también firmados todos los decretos que llevaban, aprobados algunos asuntos especiales y aprobado también su deseo de abrir las Cortes inmediatamente.

¡Qué suerte tiene este general López Domínguez!

Gana todas las batallas apenas se presenta.

¿Habrá todavía quien niegue sus altas condiciones civiles, militares, políticas y hasta eclesiásticas?

Porque la batalla eclesiástica ya la considera definitivamente ganada.

Eso sí. Apenas sospechado su triunfo democrático, varios obispos secundaron la conducta de su compañero; el arzobispo de Valencia se excedió en la censura, y ciertos ciudadanos fogosos se adhirieron á éstas ó á las otras pastorales.

Por dichas razones algunos periódicos, lejos de felicitar al general, creen que le matará su triunfo (políticamente, por supuesto).

No diremos nosotros tanto.

Sólo esperamos á ver cómo saca la mano del obispo en que la ha metido.



Ciertamente, sería una sorpresa dolorosísima para el Gabinete, y en particular para su democrático presidente, que estos triunfos le costaran la vida.

¿Cómo explicar luego tan desagradable resultado?

¡Tantos halagos, tantas aprobaciones, tantos aplausos...! ¡Y al final de ellos, el R. I. P.!

¡Sí sería curioso!

¡Sí que resultaría sorprendente!

Por si esto pasa, nos anticipamos á derramar una lágrima sobre su cadáver.

¡Pobre general!

Como Lentejica, ¡murió de un obsequio!



De todos modos, como mientras se piensa en una cosa no es posible pensar en otra—según se lee en la *Filosofía* de Perogrullo,—mientras ha durado todo este jaleo de las mitras, la «opinión pública» se ha olvidado del asunto que creíamos más importante.

¿Qué hay de los presupuestos?

Silencio general.

No sabemos si los ministros continuarán laborando en sus respectivos departamentos para darnos un alegrón el día menos pensado.

Pero suponemos que no.

¿Por qué?

Porque estos formidables trabajadores acostumbrados á decir á cada momento en qué se ocupan, y nada nos han dicho hace días de su obra financiera.

Los ministros no tienen la gestación casta del elefante—que dijo el otro,—sino el alegre ¡por poner! de la gallina.

¡Y por ahora no cantan!



Un solo detalle poseemos «á este respecto».

Las últimas declaraciones del ministro de Hacienda, también ileso del accidente del automóvil.

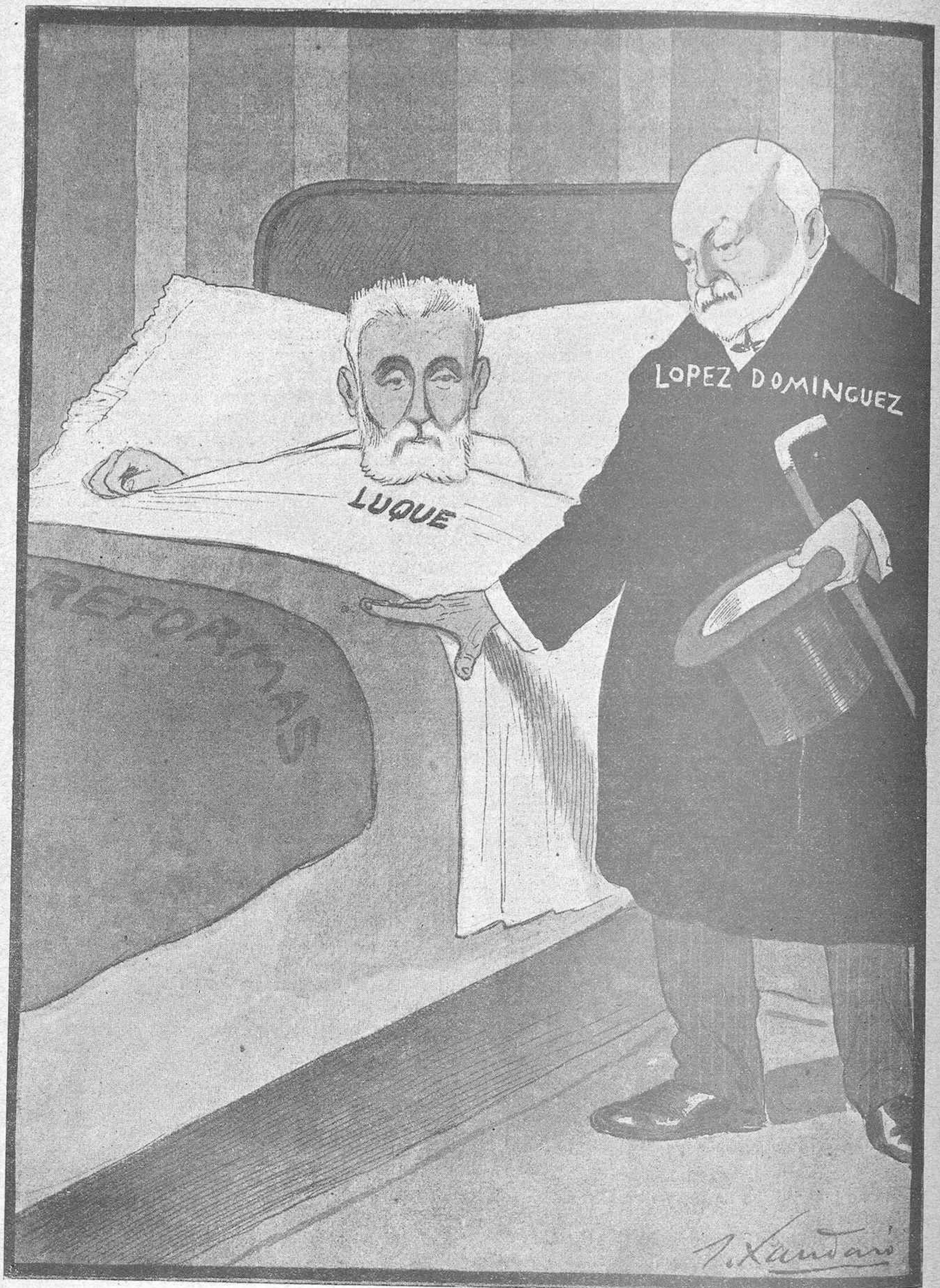
Ha dicho que «es exacto que nos hallamos en España necesitados de grandes reformas, que necesariamente producirán aumento de gastos en el presupuesto; pero que los aumentos que aceptará serán sólo aquellos que nazcan de una necesidad absoluta é imprescindible».

Como se ve, el plan de Navarro etc., es distinto del de otros genios financieros.

Estos castigaban los ingresos y premiaban los gastos.

D. Juan quiere acariciar los gastos, y castigar naturalmente los ingresos.

¡Bravo!



EL MEDICO Y EL ENFERMO

EL ENFERMO.—PERO DOCTOR ¿Y LA CARTERA? ¿CUANDO ME VA USTED A DAR ESA MEDICINA?
EL MÉDICO.—DENTRO DE UNOS DIAS... AHORA TRANQUILIDAD, REPOSO, Y SOBRE TODO ¡NO SE DESARROPE!